es original! ¡No he perdido el tiempo! ¡Vaya, vámonos á ver los fuegos!

La pieza más principal de los fuegos, que fué saludada por la murga de Dammarie y los hurras de la multitud, á la cual se había dejado el libre acceso al jardín de la gran electora, llevaba esta inscripción: *Al sucesor del Sr. Charvet.* Y en su derredor Emilio, tuvo la alegría de oír repetir una y otra vez este grito, que le ensanchaba el corazón:

—¡Viva Ducasse!

—Este es el hombre que necesitaba el distrito—dijo Cappois.

—¡Allá veremos!—respondió Guenaut.

Y mientras que los últimos cohetes se elevaban, Verdier, se decía que todo aquel ruido, aquella alegría, aquellos clamores y aquel triunfo no valían lo que una lágrima de alegría de las vertidas por Gilberta al verse amada, y con esto el comandante estaba muy contento y era muy feliz.

XX

Han pasado algunos días. Las calles de Melun están engalanadas, y un gentío inmenso discurre por ellas. Por todas partes se ven letreros como estos: *¡Viva Jacques Amyot!* y *¡Viva la República! ¡Homenaje á Jacques Amyot!...*

Esto era cosa del nuevo diputado, que quería que en adelante la villa de Melun tuviese su fiesta anual á su grande hombre, como Versalles tiene la de Hoche y Chartres la de su héroe Marceau. Le fué muy difícil conseguirlo, porque la municipalidad expuso que Amyot había sido Arzobispo de Auxerre y gran limosnero del Rey, y no quería que la fiesta tomara un carácter clerical.

—¿Cómo clerical? ¡No sabéis que Amyot fué acusado de tener simpatías por los hugonotes, y que tradujo á Plutarco?...

El nombre de Plutarco concluyó la discusión, y quedaron conformes con Ducasse. Este propuso á

Amyot, como pudo haber propuesto al gran Tamberlán. Su objeto no era otro que el de producir ruido, para que se ocuparan los periódicos de él, y como la estatua de Amyot estaba levantada, pudieron celebrar al pie de ella la fiesta del triunfo.

Emilio Ducasse pronunció un brillante discurso, y fué saludado por las autoridades civiles y militares, que habían presidido la fiesta.

La señora Herblay, disimulando mal su alegría, decía á Charvet, que disimulaba menos su disgusto al ver las preferencias de Enriqueta por Ducasse:

—¡Qué elocuente ha estado ese querido Emilio!

Dos jóvenes, en cuyo rostro se veía pintada la satisfacción y la alegría, presenciaban el acto desde una ventana del palacio Montbrun. Eran Gilberta y Roberto, ya casados, que tenían de la mano á Cipriana. Detrás de este grupo se destacaba la enjuta fisonomía del comandante, que cada vez estaba más satisfecho de su determinación.

Los gritos, los vivas, las aclamaciones se sucedieron, y el comandante, á quien fatigaba todo aquello, dejó á Roberto y á Gilberta y salió á dar un paseo.

Bajó hacia el río, buscando las calles menos frecuentadas, y aun así llegaban hasta él, mezcladas con el vago griterío de voces humanas, los resoplidos de las charangas y el eco lejano de la *Marsellesa*.

Aquel continuo ruido le tenía desesperado desde por la mañana y ansiaba la soledad.

El aire fresco de la orilla del río le calmó algún tanto. El cielo, completamente azul, sin una mancha, se reflejaba suavemente en el agua.

Verdier se quedó contemplándolo, con la penetrante alegría del que descansa, dejando de pensar en los hombres, ante el espectáculo de las cosas: el río, los árboles, cuyas ramas se agitaban blandamente, y en lontananza algunos militares, cuyos pantalones encarnados parecían amapolas, que se paseaban tranquilamente, apartados del bullicio de la fiesta.

Una voz que pronunciaba su nombre le hizo volverse.

Un hombre venía hacia él, sombrero en mano; un joven alto, delgado, de pálido rostro.

—¿No os acordáis de mí, comandante?

—¡No!...—dijo Verdier, observando atentamente al que le hablaba.

—Soy Tivolier. ¿No recordáis? ¡Tivolier!—repetía el joven sonriendo.

Verdier recordó entonces haber visto en los talleres de Chailly, y más tarde en el *Café de l'Eclair*, en Dammarie, á aquel cuerpo alto y flaco, en pie, gesticulando, y aun se lo representó también, y posteriormente, en el hospital al lado del soldadito Marsioloux.

—Sí, ya recuerdo; os conozco perfectamente—dijo el comandante.—Pero, ¿y vuestra herida?

—Aún me resiento de ella. ¡Ya véis cómo cojeo!

Es muy probable, según dice el cirujano, que tenga cojera para mucho tiempo.

Trató de sonreir de nuevo, y añadió:

—Me perjudicará para buscar novia; pero si os he de decir la verdad, comandante, no siento lo que me ha sucedido. ¡Así se aprende!

Y como Verdier le mirase algo sorprendido de lo que oía, añadió:

—¡Oh! ¡Yo obraba de buena fe, vaya si obraba de buena fe; y me hubiera dejado sacar el pellejo á tiras por... vamos, por los otros!... Sólo porque érais soldado y habiais usado charreteras, hubiera sido yo capaz de apalearos, pensando para mí: «¡Ea, un espadón menos; adelante!» Pero al verme allá arriba, al lado del pipiolo... ya os acordaréis... de Marsioloux, á quien yo había malherido... al oírle quejarse, dar voces, llorar durante noches enteras, me dije: «¡Tivolier, eres un animal!» «¡Y si llegase á morir ese pobrecillo!» ¡Oh! ¡Al pensarlo, me acusaba yo mismo de asesino! ¡Sí, palabra de honor, de asesino! Está muy bien eso de la política, la emancipación del proletariado, pero si no hay que empezar por aplastar á infelices chicuelos que lloran por su «mamá.» Por fortuna, comandante, Marsioloux no ha muerto. Ha ido á reponerse á la *Souterraine*, su país natal. No será nada, se pondrá bien... Y eso que, una mañana, cuando estábamos en el hospital, ¡caramba! ¡No me llevé mal susto!... Se *largaba*, sí que se *largaba*... ¡Y como yo estaba ya mejor, y sé escribir

—él no sabe escribir,—me rogó que escribiese por él á sus vejetes, al Lemosín!... ¡Yo! ¿Qué os parece de eso? ¡Yo!... Les enviaba cuanto tenía el pobre chico, y se disculpaba por no poderles enviar más... Les decía que había estado enfermo, y que acaso *desfilase* para el otro barrio... Y les hacía toda suerte de recomendaciones á los pobres padres... ¡Ah!, sí, pobres, más pobres que yo!... Tres hermanitos... una abuela idiota... el padre y la madre cavando en el campo y la madre con una hernia... El dinero que le quedaba era para un braguero que deseaba enviarla... Entonces, yo, mientras escribía todo eso, decía para mí: «¡Y tú te quejas!... ¡Y vociferas! ¡Y gritas! ¡Y quieres matar á esos infelices, que también son hijos del pueblo ¡vive Dios!, del pueblo que se revienta, que suda y que sufre como tú!... ¡Más que tú!...» ¡Vaya que la vecindad de Marsioloux en el hospital me ha traído unas ideas á la cabeza!... No hay cosa como la desdicha verdadera para enseñar... Y ahí tenéis, desde entonces no pensé más que en el soldado á quien había querido matar: le he velado, le he curado y he sido su enfermero, y cuando me llevaban los periódicos, en que leía que yo había sido un héroe, que había dado mi sangre por el proletariado... los hacía pedazos, lleno de cólera, y decía á Marsioloux: «No te apures; tu madre tendrá todo el dinero que quiera, ¡yo tengo ahorros!... ¡Garousse me llamaría capitalista!...»

Verdier se conmovió al escuchar cómo aquel energúmeno de antaño se mofaba ahora de sus antiguos furores y daba al traste con sus ideas de odio.

—Vuestra mano, amigo mío—dijo el veterano,—y si en algo puedo serviros...

—Gracias — respondió Tivolier. — No necesito nada. ¡El tribunal ha sido indulgente! ¡Seis días de arresto! Los he cumplido ya, y no ha habido día que no haya dicho para mi coleto: «¡Vaya, que si hubieses matado á aquel infeliz mozuelo, que estará ahora en su país cogiendo nidos!...» ¡Ah! ¡ya me he arrepentido de esas farandulerías! Los que no tienen nada son para los políticos como el perro de caza para el cazador. ¡Busca! ¡Busca! ¡Trae acá! Y cuando ha traído á la mano: ¡Vete á echar!

—¡Justamente! Así es—replicó el comandante.—Pero hay que comprender que el sacrificio, en este mundo, tiene su mérito, y que quizás no haya sacrificio más verdadero que aquel que consiste en gastarse sirviendo á los demás. ¡Aun cuando sólo sea para convencerse uno á sí mismo de que vale más que ellos!

De repente, y por la misma orilla del río en que el comandante y Tivolier estaban conversando, llegó al trote largo de los caballos que la arrastraban, una carretela cuyo cochero venía gritando desde lejos:

—¡Ahí va! ¡Eh!

A fin de que no les atropellara, el comandante y el obrero se echaron instantáneamente cada uno á un lado del carruaje, que pasó por entre ambos.

Como por instinto, Verdier miró al interior del carruaje y vió un hombre grueso, coloradote y de ojos encendidos arrellanado en los almohadones del carruaje y lanzando al aire el humo de un cigarro habano.

El personaje ni siquiera pestañeó al reparar en Verdier; pero el veterano se estremeció de pies á cabeza al reconocerle. Todo lo que había sufrido como candidato se presentó á su imaginación. Volvió á representársele Garousse, pues era él, en las reuniones, triunfante, insolente, haciendo alarde de su desvergonzada elocuencia ante los pobres y los humildes.

Cuando la carretela hubo pasado, desapareciendo entre el polvo en dirección á *Bois-le-Roi*, en donde Garousse habitaba un castillo pesado como una Bastilla, Tivolier, que le había reconocido también, el desgraciado Tivolier, muy pálido y cojeando para reunirse de nuevo al comandante, tendió su flaca y huesosa mano hacia Garousse, y como si Garousse, el consejero de todos los odios, ya lejos, hubiera podido oír este grito del obrero, llegado hasta él como la voz de su conciencia, Tivolier, el eternamente engañado, Tivolier la carne de cañón, Tivolier el pueblo que sufre y paga para ser eternamente mal-

tratado, lanzó al viento una palabra, que el viento se llevó, pero que desahogó el pecho del pobre diablo:

—¡Canalla!

FIN